



Cuando una palabra rompe el silencio

Diego Levis

1

En los orígenes fueron sus ojos

En los pasillos del laberinto ellos están desorientados y se resignan a su continuo y desesperado deambular en búsqueda de la salida que nunca supieron buscar. Una mujer de ritmos suaves camina hacia ellos, y en ella, ellos sostienen sus incertidumbres sin saber de su indiferencia que es su desprecio. Son muchos pero todos se sienten solos. Gritan y aúllan en el desierto como lobos poseídos.

La mujer es misterio de grandes ojos sabios y de dudas viejas en su memoria hecha de retazos de otras vidas y de otros sueños. Es la presencia mágica que ilumina el caos con el reflejo del cielo, el resplandor de la vida que sobreviene para quienes deambulan en los confines de la oscuridad. Como en un tirovivo de caballitos de madera giran entre los reflejos del espejo incapaces de atravesarlo. Cuando levantan la vista a veces ven a los otros y entonces los señalan con el dedo. Son inclementes aunque pidan clemencia, son crueles aunque parezcan desvalidos, son peligrosos aunque se los vea débiles. A veces la mujer en su caminar encuentra a los que quieren escapar de la trampa de narciso y en ocasiones, también, a los que buscan una salida. Los ojos de ella miran con fugaz candor y en esa mirada se condensan las alegrías que a él le son permitidas.

El laberinto es un desierto. El desierto es el espacio y el espacio es infinito. Entre el vacío y la eternidad todos ellos se sienten los poseedores del tiempo. Sin embargo, ella y él saben que el tiempo no es uno, único, indivisible y maleable. Han tenido que descender miles

de imágenes por el torrente inagotable de la luz para que aquellos que algún día serán, sean hoy. La mujer no alcanza a comprender, una ligera sensación de desconcierto entre palabras desprovistas de materia.

2

La historia podría ser una historia vulgar de bata y zapatillas, de estar por casa. Una comedia melodramática o empalagosamente romántica, un dramón de soledades compartidas, o un dramita de indiferencias. El argumento es lo de menos.

Se encuentran, apenas tienen algo que decirse, pero se reconocen en la mirada, en la invisible línea que une los ojos con los labios acercando a los desconocidos. Después el silencio. ¿Cuál es la continuación?. La historia la debe construir la vida. ¿ Es ficción? La realidad no es sólo lo que puede tocar, eso lo sabe él.

Ella curioseaba alrededor de la mirada de él y sólo encuentra la curiosa persistencia de las dudas en este agobiante mundo de certezas. Desvanecido en el recuerdo que un día será, él silencia su voz. Entonces yo los miro a los dos, ella está desconcertada, él desconoce lo que siente.

Ignoro el final de esta historia sin comienzo. Mas entre la pereza y la indiferencia que apabullan la existencia, basta con que una mirada nos esperance.

3

Él continúa engañado en su torpeza literaria, persuadido que las historias son para vivirlas, no para contarlas. O se equivoca, piensa, y es al escribirlas cuando se desvanece la presunta corporeidad de una ilusión persistente e incorpórea de aquella mirada que no fue, aquel mensaje que no existió, aquella sonrisa que fue mueca. Ella abre el sobre como antes recibió su papel y descorre con ansiedad una angustia desconocida. Nada es lo que parece en el laberinto de espejos deformantes.

Continúa el relator sin conocer el final de esta historia y de su inicio apenas tiene algunos indicios.

4

Metástasis inequívoca de la confusión

" Es posible que el estruendo del desconcierto, que con seguridad estas líneas habrán de provocarte, contamine el sentido que las palabras pretenden tener. Hace semanas que me ronda en la cabeza la necesidad de escribirte esta carta, para lo cual el primer paso fue buscar tu dirección en el listín. Así conseguí tener la certidumbre de que podría traspasar el umbral que separa la fantasía de la realidad. Después por un motivo u otro lo fui posponiendo. Posiblemente porque temía, temo aún, los imprevistos efectos del desconcierto y de la confusión de la que antes te hablaba.

Te envió también un pequeño relato, que pretende ser una reelaboración en prosa de aquel primer texto con el que, sin pedirte permiso, entré en tu vida. - *No nos conocemos de nada*- me dijiste entonces, y así, casi, seguimos.

Comprendo que necesites encontrar un hilo argumental que te permita entender esta historia. No en balde esta necesidad forma parte de la tradición narrativa occidental, a la cual nos debemos. Sin embargo, pienso que la literatura no puede, no debe, limitarse a recrear más o menos fielmente lo que se entiende por realidad, otros lo han dicho antes. La coherencia interna de un texto, de la vida, no puede depender exclusivamente del reduccionismo al que lo condenaría la repetición de estereotipos narrativos pretendidamente realistas. Artificios intelectuales que apenas sirven para ocultar la verdad. ¿Pero cuál verdad?

Me pregunto si fue, si es lícito entrar así, sin golpear antes a la puerta, subrepticamente, a través de la decadente grandilocuencia de la palabra escrita. Sin una excusa o justificación plausible, sin saber exactamente porque lo hago. Estoy convencido que hay momentos en los que es necesario dejar de lado la rigidez de las pautas marcadas y de los consejos de la razón, aún asumiendo el riesgo de la incompreensión. Detrás de todo lo visible existe una red densa de mensajes y de señales apenas perceptibles que debemos aprender a comprender.

No te aburriré ni dos minutos más. Espero que tengas un buen final de verano. Si no nos vemos, te deseo suerte en tus oposiciones, quizás algún día nos crucemos en la calle. Si quieres llámame cualquier día. Me alegrará oír tu voz. Chau."

5

La definitiva entrada de la magia

Soy torpe al hablar, atolondrado y tímido, desagradable en ocasiones. Distante y huidizo. No voy a decir que verte haya sido una sorpresa, de algún modo te esperaba.

Aquella tarde él había ido al cine después de algunos meses sin hacerlo. Apenas habían pasado dos días desde que escribiera una carta absurda que nunca te enviará.

Recordaba que mucho tiempo antes habían hablado de aquella película, que le habías contado tus ganas de ir a verla, incluso le habías comentado que pensabas hacerlo al día siguiente de aquel café que tomaron juntos, que si mal no recuerdo fue el primero y quizás el último.

Él se acomodó en su butaca unos minutos antes de que empezara la proyección y repitió un viejo ritual: mirar de tanto en tanto hacia atrás para ver a la gente con la que compartiría la película.

Cuando te percibió pasar a su lado lo envolvió una ligera aureola de luz. No te había visto entrar, lo que sin duda aumentó su sorpresa, alzó la mirada y de espaldas no fue capaz de asegurar que eras tú, quizás porque te había crecido el pelo, quizás. Fue después, mientras te sentabas en la primera fila, cuando te reconoció. Incomprensiblemente, sintió algo similar a los celos al verte acompañada. Absurdo, se sintió absurdo. Después desapareciste en la oscuridad de la sala para reaparecer fugazmente en la puerta del cine cuando te cruzaste con él sin verlo y él no alcanzó a saludarte. El resto de la historia, si es que tiene algo de remarcable, ya la conoces.

6 _

De como la literatura avanzará sobre la vida si nada sucede para impedirlo.

Nada ha sucedido para dar vida a lo que nunca existió más que como una curiosa amalgama de palabras, miradas, evocaciones. Un relato del silencio impuesto por la rutina. La persistencia del temor a la vulgaridad del malentendido. Los límites de la extravagancia reconocida aunque no deseada. Sentir que el texto crece fuera de las palabras que le dan forma y sentido.

Después de todo, pocas oportunidades ofrece la razón para la alegría, fuera de la ilusoria imagen de la realidad que se desarrolla en nuestra fantasía. Alicaídos ángeles del paraíso intentan arrancar las alas a los pájaros de fuego que con irresistible fuerza surcan los cielos de estas ciudades grises y sórdidas, de muertes, de vidas oscuras. Rutinaria espera cotidiana, absurda presencia de vanas ambiciones. Una mañana soleada aguardando milagros inexistentes que con enceguedora luminosidad paralizan la voluntad, inutilizan la imaginación.

Suena el despertador. Te preguntas, como cada día, para qué diablos has de levantarte, pero la duda dura el instante que tardas en evocar la brisa marina en un atardecer de primavera. Con pereza arrastras tus pies hasta el lavabo, te echas agua en la cara y, sin reconocerte en el espejo, inicias la rutina del tocador. Con los ojos todavía entrecerrados te acercas a la cocina y te preparas una taza de café negro que tomarás sin azúcar. Oyes voces que te hablan y tú, maquinalmente, respondes. Saldrás a la calle rumbo a tu trabajo -si tienes lo que ellos llaman la suerte de trabajar- tomarás el autobús o subirás a tu coche para meterte en un atasco, pues lo que tú nunca has podido soportar es enterrarte en el metro. Si estás en paro intentarás justificar tu día buscando una improbable salida a lo que para ti se empieza a convertir en un inescrutable laberinto.

Los amigos son casi siempre piezas intercambiables del juego, dispuestos a darte la espalda cuando más desamparada te encuentres. Soñarás con el amor olvidando tu escepticismo esencial. Buscarás la verdad en los alrededores de tu ser, entre los diminutos vestigios del futuro que se te muestran en el resplandor de una mirada, en la tenue caricia de una sonrisa. Construirás tu mundo con los restos desperdigados de vidas que han sido en la fecunda imaginación de los poetas.

Al atardecer te encuentras en un bar tomando una bebida cualquiera sentada frente a rostros que tu deseo convierte en cercanos. Os reís juntos con torpeza, inequívoco desconcierto el que se percibe en tus movimientos. Haces esfuerzos por asumir un papel acorde al rol que ellos, o yo, te asignan.

No eres rebelde pues no sabes serlo. Sin embargo el peso terrible y cruel de la sumisión te asfixia. Necesitas aire. Aire para llenar tus pulmones y poder gritar. Una película te traslada a un lugar que sientes tuyo. Cierras los ojos a cualquier interferencia que te aleje de allí. Cuando los abres tienes frente a ti las páginas de un libro de estampas florentinas cuya belleza te emociona. Luego duermes y sueñas que eres tú quien elige el camino.

7

No nos rindamos

Sabemos que la Tierra gira alrededor del Sol, pues así nos lo enseñaron. Nunca se nos ha ocurrido intentar comprobarlo.

Durante siglos nos han repetido que Dios es el todopoderoso creador a cuya imagen y semejanza hemos sido creados, sin embargo somos muchos quienes negamos o ignoramos su existencia pues no se trata de una verdad verificable. Nunca se nos ha ocurrido intentar comprobarlo.

Dos maneras diferentes de construir una certeza cuyo destino nos acerca a la mismísima cercanía de la semilla de la intolerancia que creemos combatir o al menos rechazar. Sumidos en nuestro estructurado sistema de dogmas, construimos el mundo, nuestra vida, a imagen y semejanza del mundo y de la vida que cotidianamente nos venden con mezquino impudor los vendedores de detergente y de cocacola, los poseedores de la interesada y cuantificable única verdad en la que ellos creen: el poder.

Somos un hatajo de pusilánimes derrochadores de sangre, la nuestra y la de los otros. Asustados salteadores de caminos, obedientes soldados entregados a cuidar el tesoro del monstruo; compulsivos, epilépticos, sordos, aturdidos, agresivos, cobardes, ciegos. Somos lo que ellos quieren que seamos....salvo si somos capaces de hacerles frente. Hemos de asumir que el precio que nos hacen pagar es alto, muy alto, pero vale la pena intentarlo.

Son acreedores rastreros como víboras, depravados como vampiros, implacables como las sanguijuelas, traidores como buitres, pero no son invencibles. Recuérdalo siempre: no son invencibles.

8

Un viernes de otoño en una calle de barrio.

Han ido transcurriendo los días. El verano es un recuerdo de calor y horas vacías. Soñando que estabas, dejé que te fueras alejando de donde nunca llegaste a estar, de donde nunca tampoco yo estuve. Fue un fugaz estremecimiento, evaporado en la cotidiana rutina de la ensoñación, el que nunca nos unió, a pesar de lo que alguna vez pudo o podrá suceder.

Mitigada la curiosidad por el empacho de ficción que nos envuelve apenas sabemos resolver lo que nuestra imaginación nos muestra, deseosa de que aprendamos a respetarla.

Entretanto descanso tirado entre almohadones de tejidos rústicos que me retrotraen hacia la materialidad física de la tierra, del ser. Sumergido en un mundo de símbolos incomprensibles comprendo que debo dejar que lo real expulse a todos los sucedáneos con que

continuamente llenamos el espacio durante el transcurso inapelable del tiempo que nos aprisiona.

Me sacudo toda la ambigüedad de encima y recorro con otra mirada el paisaje circundante y, sorpresivamente, como una aparición veo surgir entre los viandantes una figura estilizada y fluctuante que eres tú de espaldas flotando junto a alguien de quien apenas vislumbro una silueta sin rostro.

9

Paulatino retorno al origen

Ese día, ese viernes, había decidido, poco antes, que era necesario romper con esta artificiosa creación en que te he convertido a fuerza de evocarte repetidamente como excusa de este relato, que es la historia de un sueño sin interpretación.

Hay algo que me acerca a ti y al mismo tiempo, en ese mismo instante, al verte, me produce una sensación de fascinado rechazo. Nunca, he aprendido, dejamos de ser proclives a creer en brujas y en hadas.

Apartemos la magia, despreciemos la simulación y el simulacro del que siempre fuimos víctimas. No existen instrucciones para vivir. No hay requisitos que cumplir, ni formularios que rellenar. Estamos, somos.

Desconozco que será de mí, que será de ti.

10

Un día, de un verano, ella abrió los ojos, que hasta entonces había mantenido cerrados. El resplandor del sol la encegueció durante un instante, poco a poco sus ojos fueron acomodándose a la luz y entonces pudo contemplar por primera vez la belleza de los azules del mar y del cielo, el rojo intenso de la manzana, el verde translúcido de una botella de cristal, y también se encontró con la primera mirada de risa plena, y supo que la alegría tenía forma y se lamentó de la obstinada perseverancia con la que se había entregado al triste ejercicio de no mirar.

11

Cuando pueda comprender que en la vida real nada se asemeja a los sueños, quizás, entonces, existan caminos que lo aproximen al sueño de los otros. Es inútil, la lluvia no deja de ser como una gran ducha colectiva. En una estrecha y transitada calle de barrio, él cree

reconocerla en la espalda de una mujer joven que camina unos metros delante suyo. Duda entre correr a saludarla o dejar que se desvanezca entre las espaldas y las cabezas de tantos otros, de tantas otras que siguen el mismo rumbo.

Dos semanas transcurrieron en que el olvido fue apoderándose de él, hasta que una noche la sueña entre las brumas liláceas de un bosque otoñal sin que pueda reconocerla en los rasgos evanescentes del rostro que lo mira. A la mañana siguiente, al identificar la imagen de su sueño con la que de ella conservaba en su memoria siente un ligero escalofrío. Confundido por la tradición premonitoria que en él poseían los sueños, se empeñó en construir el olvido de lo que aquella noche había visto desprendiendo el símbolo del cuerpo, el texto de la vida; convirtiendo en sombra todo recuerdo y todo deseo. Invadiendo con palabras todos los rincones.

Entonces estuvo preparado para pensar en ella y reconstruyó en su memoria el relato que escribía con las piezas sueltas de aquella historia que nunca sucedió.

12

Comprendí que la realidad está construida con cristalitos móviles de colores dispuestos en un calidoscopio inabarcable. Superficies de olvidos y de recuerdos se amontonan sobre la mesa engendrando mentiras con las cuales se sostiene el engaño en el que necesariamente vivimos.

Te señalan con su indignada, indignante indiferencia cuando no sigues la ruta predeterminada en el manual de instrucciones. Nada debería importar fuera del corazón. Individuos aislados. Quimeras inalcanzables. Seres vivos y sensibles. Somos un pequeño átomo en el cual todo se contiene.

13

Apenas había reparado en ti aquel día en que volvimos a hablar. Un confuso sueño que tuve la noche anterior me entretuvo contigo durante algunos minutos esa misma mañana en el tren. Al principio me provocó una ligera intranquilidad que se desvaneció en un santiamén cuando recordé que aquella mujer de grandes ojos negros era el personaje de un cuento. Tú, en ese momento, dejastes de existir.

Después de verte no sé si soñé contigo, con la heroína de mi cuento, o con alguna otra mujer. Las fronteras indelebles entre la literatura y la vida.

Me senté en una mesa cercana a la tuya y de tanto en tanto alzaba la vista para mirarte. Al cabo de algunos minutos nuestras miradas se cruzaron. Desesperada melancolía la que trasmites.

Sé que la protagonista de esta historia se ha ido alejando de ti sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. Sin embargo, una corriente subterránea me lleva hacia ti y al mismo tiempo me expele. ¿Es una trampa.?

14

Los personajes del relato

Había una mujer joven que buscaba su sonrisa, un viejo que simulaba ser un sabio, un niño de pecas azules, un hombre de panza incipiente, una mujer que conservaba el sonido del mar dentro de una botella de cristal verde, un hombre que llevaba el corazón guardado en una caja registradora, un adolescente de enérgica rebeldía, un jubilado que todas las mañanas se ponía una máscara diferente, una pandilla de niños de mirada muerta, una vieja que llevaba la música tomada de la mano, un ladrón sin escrúpulos viajando en helicóptero, un carnicero con bisturí, cientos de funcionarios aletargados, cinco estudiantes de vida, cuatro señores reptando sobre un colchón de soledad, soldados muertos de miedo golpeando a un niño hambriento, un policía de gatillo fácil, un cretino de bragueta suelta, una mujer humillada, una niña sonriendo atrapando la alegría con una red sin malla, un músico hindú, siete gurús de mil verdades sueltas, un cura de una verdad cardíaca, dieciocho mujeres entregadas a los infinitos rostros de la mentira, hombres sin luz en el camino sin retorno. ¿Tú ? ¿Él.?

15

Escenarios del relato

Era una playa de arenas movedizas, una pradera de silencios asfixiantes, un mar de mágicas transparencias, la casa de campo de un enano, el palacio de un gigante de chocolate, un cine de pantallas circulares, los pasillos de un laberinto de cristal, una ciudad sin coches, el jardín en llamas de los templarios, un oasis en el caos, el escenario vacío de un teatro de ópera, el vagón repleto de un tren hacia el paraíso, el establo de una cadena de hamburgueserías, una calle de comercios impersonales, la ruidosa cafetería de un edificio público, la pantalla opaca de una computadora, las mesas de madera antigua de un bar en medio del desierto, un poblado de felicitas, un rincón silencioso donde mirarse a los ojos.

16

Argumentos posibles

Una vez elegidos los personajes y los escenarios se añade el argumento. Romántico, terrorífico, policial, brutal, ritual, mecánico, sórdido, cerrado, abierto, repetitivo, plagiado, mentiroso, sincero, onírico, realista, tramposo, seductor, cómico, trágico, doloroso, musical, asfixiante, violento, sangriento, cruel, arrogante, procaz, audaz, erótico, bucólico irónico, bélico, periodístico, ingenuo, alegre, infantil, juvenil, original, sorprendente, lacrimógeno, político, social, soez, machista, inútil, vacuo, trascendente, envolvente, repelente, impactante.

Tú posees las llaves del tiempo.

17

Miré su rostro en el espejo de mi desesperanzado escepticismo y en su gesto comprendí que aunque nos esforzáramos nada llegaría a ser posible, nunca. Durante un tiempo jugamos a ignorarlo.

Corrí a tu encuentro una noche cualquiera de otoño. Si quieres podríamos vernos a las diez en el Café Metropol, me dijiste. Dudé, siempre sentí una extraña repulsión por aquel angustioso local frecuentado por cierta progresía sacada del tiempo, turistas propensos al timo, camellos y macarras de todos los colores y aguerridos mariposones de pelo en pecho.

Nadie eras tú entre todos los rostros borrosos y los minutos fueron pasando y nadie eras tú entre quienes entraban en el Metropol durante aquella noche de otoño. Y te esperé más de lo que mi impaciencia suele soportar y me fui de allí decepcionado y también aliviado y comprendí que no hubieras querido romper los límites de nuestra relación de papel. Sin embargo, hubiera preferido no comprender para poder llorar.

18

Desconozco otro motivo para vivir que no sea el amor y paradójicamente vivo en el desamor. No quiero disfrutar con mi lamento ni tan siquiera con una compasión que pueda ser confundida como una brizna de amor naciente. Hay imágenes que reaparecen con insistente frecuencia hasta confundirse con otras imágenes que van conformando la memoria, el ser. Pedacitos puntuales de vida vivida, extractos de sueños, páginas de libros, deseos evocados, fognazos de películas, forman un arco iris mágico que nos recuerda quienes somos, adonde estamos.

Un rostro sin nombre aparece y vuelve a aparecer entre las brumas de la melancolía que todo lo envuelve en la vigilia del sueño. Su mirada cálida arrastra una estela de alegría que por un momento me arranca la inquietud de mi perenne tristeza y es en ese preciso momento cuando pienso en ti, muchacha sin nombre a la que no puedo amar por más que lo desee, feliz poseedora de tu vida sin respiro, escéptica buscadora de verdades. En ti se encarna la nostálgica pereza de la luna.

No poseo la llave del tiempo. No soy yo el reflejo de tu amor, no soy yo quien puede acercarte al paraíso. Soy una mirada triste en un cuerpo que envejece sin notarlo, soy vida pensada y no vivida, tristeza acumulada de siglos y miedos nuevos. Una aburrida fábula con una moraleja mezquina.

El sonido de las bombas resuena muy cerca de aquí, los niños juegan a la guerra mientras a pocos pasos soldados que fueron niños matan riendo, violan gozando, y destrozan una vez más mi esperanza en el ser humano. Lloro inmóvil mi pasiva inmovilidad, nuestra culpable indolencia. A la muerte hemos de responder con más muerte, al asesinato con asesinato, a la tortura con tortura, al desprecio con desprecio, a la mentira con mentira, con tal de defendernos de quienes atacan los valores que creemos fundamentales. Eso nos dicen. La ética del poder no tiene límites en su hipócrita crueldad. Pero todo esto poca importancia tiene para mí. Nada se parece a mis sueños, nada me recuerda a mi mirada de ayer.

19

En una tienda un niño de cuatro, cinco años le pide a su mamá que le compre un juguete, un regalito cualquiera, dice. La señora, altiva, bien vestida, con ese aire indigno que caracteriza a cierta clase media que aspira parecer de alta alcurnia, indiferente a la petición de su hijo busca un regalo para otro niño.

- Para mi cumpleaños mamá- implora el niño hijo alzando una baratija de bajo precio .

- Otro día, ahora no tengo dinero- contesta con indiferencia la mujer. El niño hijo insiste sin que la indigna señora de corazón de humo se moleste en contestarle, mientras busca y rebusca un regalo bueno, bonito y barato pero sobre todo aparente, que ante todo debe quedar bien con los papás del niño ausente. Su hijo sin pataleo ni llantos le recuerda que para su cumpleaños no le había regalado nada y su mamá sin siquiera sonrojarse, pregunta al niño hijo si cree adecuado para el niño compromiso el juguete que ella había elegido y el niño desquerido asiente con la

cabeza y después alza una pequeña bolsa de caramelos y con los ojos llenos de esperanza de alegría le dice :

-Para mi cumpleaños- y ante el silencio de su mamá desamor el nene dolor suplica - Para mi cumpleaños, mamá.. No me has regalado nada

- Otro día, ahora no tengo dinero- contesta sin mirarle la sinvergüenza mientras paga el ampuloso regalo de apariencias. Su hijo tristeza resignado mirando al vacío sin su bolsa de caramelos de cuatro centavos y medio.

Él tuvo ganas de insultar a la señora y después tuvo ganas de llorar por el niño aquel, desventurado e involuntario aprendiz de la bajeza que contamina al mundo.

20

Mientras tú estabas en los brazos de la alegría, yo miraba estupefacto el dolor de otros viviéndolo como propio. Una excusa para ocultar mi profunda incapacidad para conocer una emoción verdadera.

Salía por la mañana a buscar el pan, todas las mañanas, sin importarme el tiempo ni el lugar. El pan y también el diario, patética búsqueda por sentirme conectado con el resto del mundo desde mi pequeño y estéril territorio. Nunca encontré vestigios de civilización en esas páginas grises de papel barato e ideas pobres, o quizás debería decir empobrecidas. Manoseadas, manoseables, prostitutas, inútiles en su pretenciosa condición de Verdad. Pálidos aunque grandilocuentes reflejos de la mentira que nos atenaza ante la injusticia y el robo. Robo de la condición primigenia asaltada por el horror. Palabras.

La influencia de lecturas mal asimiladas.

Caminabas por calles repletas de turistas engalanados de sol y sudor. Las comisuras de los labios marcan el índice de insatisfacción y el nivel de cretinez, aunque no necesariamente lo uno implique lo otro.

Caminaba yo jugando al turista en la ciudad esta en la que malvivo, haciendo tiempo para ir a curar mis heridas de culpa por las víctimas del mundo en la plaza del ayuntamiento.

Entre tazas, platos y réplicas de muebles antiguos me pareció verte surgir aunque la imagen no era nítida y nada me permitía pensar que tú pudieras ser tú, en verano mirando una tienda de regalos. Me detuve y sí, aquella mujer que me evocaba a ti eras tú y entonces nos

saludamos sorprendidos y distantes e intercambiamos palabras sin valor, de puro y forzado compromiso.

De aquel encuentro apenas retengo la cara entre asustada y molesta de tu, para mí ignorado e insignificante, acompañante. Ninguna emoción sentí, ni ansiedad, ni celos, ni desesperanza. Apenas la alegría de encontrarme con un conocido en la selva. Amigos, amigos nunca fuimos. La nuestra, no tengo ninguna duda, es la historia de la nada.

21

A veces la angustia supera lo admisible, pero entonces aún me quedas tú.

Había insistido que lo llevaran a ver la imagen adorada del viejo asesino. Estaba sentado inmóvil, representando con dignidad secular el oscuro papel de comparsa en el desfile de las flores marchitantes del pasado carnaval en la gruta de Fedora. La suya era una poltrona de oro con incrustaciones de jade y marfil y pequeños detalles en ébano. Vestía una larga capa de seda bordada con hilos de oro. La mirada grave perdida en un rincón lejano del firmamento. Las manos manchadas de sangre fresca, sobre la falda la cabeza de su última víctima, el gesto de espanto aún en el rostro del muerto. Los aplausos del público.

Tú, siempre tú, sosteniendo el caliz con el cual el verdugo recogió las secreciones póstumas del moribundo.

Él, una vez más, no pudo dejar de llorar mientras se acercaba a ti para tomarte en sus brazos. Luego te desvaneciste y él estaba sentado en un vagón semivacío del metro en el que un mendigo imploraba ayuda cabizbajo y de rodillas sin que nadie se atreviera a mirarle en la cara.

Ese verano él estaba desconcertado, buscando un improbable amor entre una multitud que lo abrumba en su compacta despersonalización. Y piensa: "esto ha de ser la masa". Se siente como un recién nacido que todo lo ignora pues nada de lo que ve le trae recuerdo alguno. Mientras camina entre tantos que nunca existieron ni existirán en su vida se pregunta cual será el motor que los empuja. Cual el que lo empuja a él.

Una pareja de payasos hace juegos malabares ante la indiferencia de los paseantes que se sienten atraídos por una mujer algo decrepita y de tenebroso maquillaje de muñeca de porcelana que, con fondo de tango, abofetea a un compadrito de caricatura, bigotito fino y peinado a la gomina, que, en un gesto de estudiado y postizo dramatismo, se pasa por la boca

el dorso de la mano y, después de un instante de poderoso silencio, la atrae hacia él en el mismo momento en que el compás del bandoleón subraya la estrofa de la que nace la melodía que los dos bailarían con desbordada falsa pasión y escasa precisión entre los aplausos entusiasmados de la casi multitud que los rodea.

La ciudad no es un lugar propicio para pensar.

La ciudad estimula la repetición de banalidades y de lugares comunes. El ruido no permite soñar. En el ruido se pierde la voz de los otros, y las miradas apenas sirven para levantar barreras que nos aturden.

Él seguía caminando.

La belleza, sin duda, existe. Pero a mí de que me sirve saberlo si soy incapaz de percibirla, divagaba por sentirse vivo entre aquella multitud para la cual él ni siquiera era una sombra. Es en esos momentos cuando más lamenta no ser un tipo liviano, propenso a los placeres mundanos, despreocupado amante de la risa fácil e irresistible seductor, un buscador de instantes no de permanencias.

22

Fragmentos permanentes que se enroscan en él hasta forma parte inmanente de su ser. Una imagen nítida de aquella niña que fue su prima encerrada en el lavabo para huir de él y de su hermano. Su hermano con el brazo escayolado, él sintiéndose culpable por aquella escayola y él bajo las ruedas de un coche cuando tenía seis años y los veranos cabalgando en los médanos de una playa ancha del mar Atlántico y la sonrisa tímida de mi abuelo, la tristeza de su entierro, y mis amores infantiles hechos de versos y dulces, de caracolas y largos silencios. Y entonces él que se apropia de todos mis recuerdos para hacerlos suyos. Uno de los payasos se ha tendido en el suelo sobre un trapo blanco .

Diego Levis, Barcelona 1994-1995

Copyright © Diego Levis 2006



La versión digital de esta obra está licenciada bajo una Licencia

[Creative Commons Atribución - NoComercial 2.5 Argentina](http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/ar/)

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra, para usos no comerciales, bajo las condiciones de la licencia: "<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/ar/>"